

Bibliografía

UN VIAJE A CHINA

A China Passage, JOHN KENNETH GALBRAITH, Houghton, Mifflin Company, Boston, 1973, 143 pp.

Como era de esperarse, el auge de los viajes a China ha traído consigo el auge de los libros que describen los viajes a China. Hay una gran compulsión, sentida por casi todos los viajeros, de explicar lo que vieron, de repetir lo que escucharon, de describir lo que sintieron en sus aventuras por tierras ignotas; otros, más refinados, se sienten obligados a comunicar sus reflexiones ante lo visto, oído y sentido y a menudo se construyen elaborados palacios teóricos sobre los endeble elementos informativos proporcionados por un viaje de una o dos semanas. Los elementos del género “libro de viajes” son bien conocidos desde hace mucho tiempo: descripción de paisajes, personas, ambientes; transcripción más o menos fiel de conversaciones; trazado de paralelismos o denuncia de diferencias respecto de situaciones más familiares al lector. Los resultados son, la mayor parte de las veces, un tanto decepcionantes: es difícil borrar la impresión, casi siempre correcta, de que la lectura del libro es un sucedáneo bastante imperfecto del viaje mismo. Sin embargo, como el autor del “libro de viajes” que aquí se reseña advierte, la justificación de estas obras es muy simple, aunque no siempre reconocida abiertamente: “Tuve oportunidad de ir a China, mientras que la mayoría de la gente no la tiene. Entonces, se me ocurrió que podría escribir todo lo que uno ve, oye, piensa y recuerda de un viaje como éste desde el momento en que lo inicia hasta que regresa a casa.” Al concluir la lectura de este libro no tan breve, derivado de un viaje muy breve, es fácil convenir que, mientras no se pueda viajar a China, no deja de ser útil e instructivo leer este libro sobre un viaje a China.

El propósito del viaje de Galbraith era el de permitirle obtener, en compañía de sus *fellow travelers*: el profesor Wassily Leontief, de Harvard, y el profesor James Tobin, de Yale, una “visión privilegiada de la economía china”, en forma y dosis adecuadas para el Presidente y dos ex presidentes de la American Economic Association. Al mismo tiempo se les permitiría ver algunos de los sitios famosos o memorables del país y se les sometería a una serie interminable de discusiones en las que, a menudo, ellos tendrían que ofrecer una visión privilegiada de la economía norteamericana. El viaje ocupó la mayor parte del mes de septiembre de 1972.

El libro está nítidamente dividido en dos partes: la primera y más extensa está constituida por el diario recuento de las peripecias del viaje y en ella se mezclan con brillantez los tópicos profesionales con las incidencias triviales; la segunda,

sorprendentemente breve, reúne las enseñanzas que Galbraith recogió en su visita y muestra sus conclusiones sobre la economía china. A semejanza del original, en esta nota se señalarán algunas de las observaciones del autor que parecen más interesantes o agudas para, después, resumir sus conclusiones sobre la economía y la sociedad de China.

El azoro de Galbraith ante la comida china no tuvo límites. Los banquetes de varias docenas de platillos lo anonadaron cuantitativa y cualitativamente. Fue en las postrimerías de su viaje cuando se acostumbró a no comer demasiado de los primeros platillos a fin de poder estar en condiciones de disfrutar de los últimos. Al contemplar la limpieza de las calles de Pekín pensó que sería conveniente proponer el trueque de John Lindsay por el alcalde de la capital china, pero se abstiene de formular la propuesta por temor a que los chinos pidan, además, una compensación en efectivo. En la gran muralla recuerda que no pudo caminar lo suficiente para encontrar un ladrillo en el que no hubiera un nombre pergeñado y reflexiona: “la búsqueda de la inmortalidad emplea todos los alfabetos conocidos; algunos visitantes albaneses se habían distinguido por gravar también el nombre de su país y la fecha, todo ello con cinceles evidentemente llevados *ex profeso*. No encontré los nombres de Nixon y Kissinger, lo que sin duda los enaltece. No busqué el de Walter Cronkite”. Le impresionaron también la ciudad prohibida y las tumbas Ming. Entre las obras menores, la cerámica y las diversas y elaboradas artesanías concitaron su admiración. En cambio, no disfrutó la ópera: “Nuestro día (11 de septiembre) terminó en la ópera. Fue una obra moralizante, con mucho público. Se refería a la persecución y captura de unos bandidos por el Ejército de Liberación del Pueblo en las montañas Tigre. A falta de fuerza, se acudió a la estrategia. Desafortunadamente, la estrategia —excepto la consistente en emborrachar a los bandidos— se me escapó por completo.” Galbraith resultó igualmente incapaz de apreciar el tenis de mesa: “El Torneo Asiático de Pin-pón concluía esta noche (13 de septiembre) en una gran instalación deportiva, lo suficientemente grande como para alojar una convención política y una probable sede para la de los republicanos si se encuentran en serios problemas dentro de cuatro años. Se celebró con la favorecedora presencia de Chou En-lai. Las dos mesas de pin-pón estaban bastante visibles en la distante parte media del lejano escenario. En los dobles los japoneses jugaron contra los japoneses y los coreanos contra los coreanos. En los sencillos, los japoneses jugaron contra los chinos. El desarrollo de los sencillos podía seguirse; los dobles resultaban confusos. En suma, los japoneses, como de costumbre, tuvieron éxito. Aunque no siento ninguna prisa por presenciar otro torneo, reconozco que el evento tiene su interés. Quedé sorprendido al

descubrir, cuando salí a caminar un poco, que conocía (o era conocido) por varias docenas de personas en el área reservada a los extranjeros. Esto es un poco decepcionante ante el deseo personal de ser de los primeros —algo así como si Colón desembarcara y fuera recibido por Norman Cousins... Si el pin-pón ha de tener éxito como espectáculo deportivo, deben hacerse arreglos para que se juegue detrás de un vidrio de aumento. De otro modo, la impresión general es la de dos relojeros trabajando en el poblado próximo. La habilidad es sin duda extraordinaria, pero pronto (especialmente en los dobles, como he dicho) la escena se torna en un remolino de brazos y piernas. Esta es una opinión minoritaria. El resto del público siguió las acciones con intenso interés y aplaudió a aquellos que ganaban largos *sets* o que respondían golpes difíciles, independientemente de la nacionalidad o —en el caso de los japoneses— de la anterior condición imperialista”.

Además de la comida, la limpieza de las ciudades, los monumentos, la ópera y el pin-pón, los días de Galbraith en China le permitieron —como era el propósito— acercarse a los centros de operación de la economía china. Algunas impresiones: Cantón. “Antes de la revolución —liberación es el término aprobado— Cantón era un centro comercial... ahora la ciudad produce textiles, maquinaria, bicicletas, fibras químicas y tiene una dosis promisorio de contaminación atmosférica; las chimeneas de las fábricas desalojan pequeños fragmentos de una materia particularmente densa. Observé esto y se me dijo que el problema estaba recibiendo urgente consideración. Esta respuesta lo hace sentirse a uno en su casa...” Pekín, el mercado de alimentos. “El mercado es limpio, funcional y soberbiamente surtido de legumbres, frutas (incluyendo melones) y carne... El margen de comercialización, con relación al costo, es de alrededor de 4.4%, aproximadamente la quinta parte del correspondiente a un supermercado norteamericano. Los precios son uniformes en todos los mercados de la ciudad. Pueden ser alterados sólo con el consentimiento de la autoridad central... Si el precio es muy alto, las legumbres no se venden; si es muy bajo, se forman colas antes de que se agoten... el problema, que es el más elemental de los que se plantean a los economistas, se resuelve llamando por teléfono a las comunas proveedoras si las existencias parecen agotarse o almacenando el artículo si hay amplia disponibilidad. Como el consumo urbano es sólo una fracción del total, el campo absorbe o libera productos conforme se requiere. Jim Tobin piensa que el procedimiento es plausible... Aunque una autoridad superior decide el nivel de precios, tal autoridad es inteligentemente susceptible a las sugerencias del momento en que la abundancia reclama una reducción o la escasez un aumento. La persona a cargo de un ‘puesto’ de manzanas, a la que consulté informalmente, me dijo que por supuesto las manzanas reducen su precio conforme el otoño avanza y la oferta se torna más abundante. En todo caso, el mercado es una empresa extraordinaria: atareada, afable y con una variada, limpia y económica abundancia. Creo que el anterior es un juicio cuidadoso y competente.” Pekín, la tienda de departamentos. “Tiene tres pisos de ventas, cada uno de tamaño aproximado a la mitad de los de *Filene’s* o *Sacks*, de la Quinta Avenida. Limpia, bien surtida, zumba de actividad a media mañana y no se encuentran colas. Debido posiblemente a que no hay ingresos muy elevados en China, hay una ausencia notable de productos de precio alto... El volumen de operaciones es de aproximadamente 200 000 yuanes al día (equivalentes a alrededor de 100 000 dólares...) Los empleados, que suman 2 300, incluyendo 500 de una planta manufacturera de prendas

de vestir, tienen ingreso promedio de 63.00 yuanes (alrededor de 31.50 dólares) mensuales, las escalas de salarios van desde 36.50 yuanes (18.00 dólares) hasta 80.00 yuanes (40.00 dólares). Las comparaciones monetarias no son muy significativas debido a que los costos de la alimentación son mucho más bajos en China que en Estados Unidos, los gastos en prendas de vestir bajos y menos frecuentes, las rentas nominales y la atención médica es suministrada por los establecimientos fabriles y comerciales... El margen de comercialización es 13% sobre el costo; de éste, la utilidad neta equivale a 7%. En Estados Unidos, el margen de comercialización en una tienda de departamentos de gran movimiento llega quizá a 45%. Las ventajas de China: no hay productos de lenta salida, ninguna o poca variedad de estilos, ninguna o escasa variedad de tallas en las prendas de vestir, consecuente alto nivel de ventas por persona ocupada, escasas devoluciones, ausencia de crédito, ausencia de tarjetas de crédito, ausencia de ‘green stamps’, ausencia de publicidad, ausencia de robos en la tienda.”

Observaciones similares de Galbraith sobre las universidades, algunas comunas, algunas fábricas y otras ciudades hacen su libro particularmente fascinante. Empero, debe pasarse ahora a reseñar el juicio final de Galbraith sobre la economía china, resultado de sus observaciones y discusiones. Cabe advertir que Galbraith encontró a sus colegas chinos bien preparados, dedicados a su trabajo, extraordinariamente inteligentes y bastante menos dogmáticos de lo que cabría esperar, dadas las circunstancias.

Como corresponde a su bien ganada reputación de economista heterodoxo, Galbraith se aproxima a la economía china con un enfoque sorprendentemente simple. No aspira sino a encontrar respuesta —“de preferencia correcta”— a unas cuantas cuestiones simples: “¿Qué hace a la gente trabajar y con qué frecuencia? ¿Qué artículos se producen y con qué organización? ¿En respuesta a qué guías o de acuerdo con qué plan se produce? ¿Para beneficio de quién? ¿Qué tan exitosamente funciona el aparato productivo?” Desafortunadamente, lo aprendido por el autor durante su viaje a China resulta insuficiente para responder a cabalidad a todas las cuestiones planteadas o, quizá, hubo un problema de tiempo: Galbraith dedicó un día de trabajo en París para resumir en 20 páginas, alrededor de 5 500 palabras, sus conclusiones sobre la economía china.

Primeramente, refiriéndose a la última pregunta, Galbraith apunta que “no puede haber ninguna duda sería de que China ha puesto en marcha un sistema económico muy eficaz... Me parece mejor adaptado a sus particulares circunstancias —más flexible, práctico y dinámico y con una exitosa protección de la calidad, que sorprende— en comparación con los países socialistas y comunistas de Occidente”. Los chinos trabajan, observa Galbraith, en parte como respuesta a incentivos pecuniarios, tanto en la agricultura como en las labores urbanas, “pero es evidente que los chinos dependen en gran medida —en mayor medida incluso que las otras economías socialistas— de la organización. El sistema económico es un gran batallón en el que algunos dirigen y en el que muchos marchan y en el que se subraya mucho la comunidad de objetivos de los soldados... El esfuerzo económico y el producto resultante se han identificado con el más importante de los objetivos nacionales. El interés en la producción como un fin en sí misma resulta, ahora, un tanto sorprendente para el visitante norteamericano... No hace mucho numerosos norteamericanos identificaban el aumento del

producto nacional bruto con el progreso y algunos aún lo hacen". "Una cosa está más allá de toda duda —continúa el autor— los chinos trabajan dura, efectiva e inteligentemente seis días a la semana, sin vacaciones. . . La impresión de esfuerzo diligente —en las ciudades, en el campo, en los sitios de construcción, en las escuelas, en las obras públicas— es apabullante. . . Quizá, en adición a todo lo demás, a los chinos, como a los japoneses, realmente les gusta trabajar. Una reflexión inquietante."

Galbraith observa que, probablemente, ningún otro país ha tenido el éxito de China en combatir el problema del "desempleo recurrente y disfrazado", entendiendo el primero como la resultante de labores agrícolas que dejan muchas horas muertas en el día de trabajo y muchos días muertos en el año y el segundo cuando dos o más personas hacen una tarea que podría ser realizada satisfactoriamente por una sola. "Sin embargo, se advierte que aún falta mucho para resolver el problema."

A diferencia de otros modelos socialistas —y en parte, quizá, como resultado de sus experiencias— en China "los alimentos, textiles y otros bienes de consumo indispensables deben quedar disponibles en cantidades suficientes para asegurar un incremento del consumo antes de que parte del producto pueda asignarse a la acumulación. . . En consecuencia, el primer requerimiento es llenar la ración de grano y vestido. . . El racionamiento suele ser visto como una manifestación de escasez [aunque en realidad] es también una herramienta útil para asegurar a todo mundo una amplia disponibilidad de un producto indispensable a un precio bajo. . . En un país pobre, un mecanismo por medio del cual toda persona obtiene dos juegos de prendas de vestir decentes cada año, a precios bajos, me parece un ejercicio en el mejor buen sentido".

El autor discute también algunos aspectos de la organización del trabajo en las comunas, algunos aspectos de las finanzas públicas y las principales características del sistema de planificación. Termina con una nota elevada: "La economía china no es el futuro de América o de Europa, sino el de China. Y que no haya dudas: para los chinos, funciona". Quizá se encuentre, más adelante, que puede funcionar para otros pueblos, no como traslación exacta, sino como ejemplo de políticas adaptadas a un claro conocimiento de las necesidades —y posibilidades— nacionales.

En suma, un libro de viajes que, a diferencia de la inmensa mayoría de los ejemplos del género, apasiona, interesa, divierte extraordinariamente y, por añadidura, instruye.—JORGE EDUARDO NAVARRETE.

LOS PROBLEMAS DE LA DOCUMENTACION PARA LA INVESTIGACION

La bibliografía; conceptos y aplicaciones, JOSE SIMON DIAZ, Editorial Planeta, Barcelona, 1972, 331 pp.

Ahora que tanta atención despiertan los instrumentos indispensables para la investigación en todas las áreas: científica, histórica, política, sociológica, etc., cuando surgen organismos que se dedican de modo primordial a descubrir y explotar las

fuentes de información en todos los ámbitos del conocimiento, parece útil tratar el tema de la bibliografía y analizar su significado y su valor, ya que, indudablemente, constituye la base de toda investigación, y hay que señalar que, en el sentido actual, en la práctica moderna, sus límites son de tal amplitud que ya no se constriñen solamente a la referencia de un libro o de un folleto más o menos extenso, sino que abarcan todo lo escrito sobre un tema determinado: ensayo, reportaje, artículos de revistas especializadas, informes de sociedades técnicas, actas de reuniones, cuadros estadísticos, etc. Es decir, cuando ahora se habla de bibliografía es preciso atribuir a ese vocablo la extensión y profundidad de una guía, tan completa como sea posible, de los trabajos que se van a efectuar. La bibliografía es, en sí misma, un trabajo de investigación: a su elaboración se llega tras un meticuloso análisis de textos de todas clases, y una vez conocido a fondo y evaluado este material, consideradas las implicaciones y derivaciones que el mismo tenga, es decir, sus relaciones con otra clase de fuentes informativas, estará el investigador en posesión de los elementos que le permitirán efectuar su tarea de un modo objetivo. La bibliografía, tal como se concibe en la actualidad, no es un simple índice de libros, con anotaciones más o menos breves, sino una especie de catálogo de referencias analíticas, debidamente clasificadas por materias o temas, que presentan, a aquel que estudia o investiga, ideas que hasta entonces ignoraba. Asimismo puede hacer que el investigador aporte otras nuevas; esto es, la actividad investigadora —que se asienta fundamentalmente sobre materiales y documentos reseñados en las bibliografías— puede conducir, como es obvio, al perfeccionamiento de lo que ya existe o a la creación de medios, instrumentos o doctrinas que significan un progreso en todas las ramas de la cultura.

El autor de este libro, doctor José Simón Díaz, profesor de la Universidad de Madrid, reafirma convicciones adquiridas en la práctica diaria del documentalista. En efecto, el doctor Simón acaba con la confusión que algunos pudieran tener entre "bibliografía" y "bibliofilia"; recuerda la opinión de Cowley, según la cual "una simple lista de libros o artículos reunidos sin propósito crítico, no es bibliografía en ningún sentido, aunque pueda ser un catálogo o repertorio habilidosamente construido", y termina por considerar la bibliografía como "ciencia aplicada o instrumental". Simón recoge con acierto una observación de Gilbert Varet, según la cual "cuando, interrumpiendo una lectura, nos fijamos en la nota de pie de página o en la relación que figura al final del libro o buscamos un fichero o catálogo, para verificar una cita, establecemos una conexión"; lo que se encuentra si es "esquema dinámico del esfuerzo intelectual" que lleva a ligar 'bibliografía' y 'saber': lo que para mí no es aún más que 'bibliografía' ha sido antes 'saber' en otro, pero mi espíritu [el espíritu del bibliógrafo] añadirá siempre su marca peculiar. La 'bibliografía' legitima el crédito intelectual, 'crédito amenazado de inflación', pero lo importante es que esa pequeña moneda de la inteligencia (la materia bibliográfica) esté hecha del mismo precioso metal y sea una auténtica prueba de la vida del espíritu.

Hemos aludido antes a la misión del documentalista y el doctor Simón se refiere también a ella, subrayando "que la bibliografía general es madre de la Ciencia de la Información y soporte de todo el edificio de la Documentación". El futuro bibliógrafo-documentalista deberá ser, por tanto, un técnico en informática. No deja de prevenir al bibliógrafo-documentalista sobre los peligros o dificultades de las máquinas electrónicas, sin

dejar de reconocer que “los ordenadores contribuirán a facilitar la parte material de la elaboración de las bibliografías”, pero, advierte, “la calidad del trabajo de la máquina será siempre consecuencia de la del especialista o técnico que la ‘alimente’”. La búsqueda de los documentos, su selección, su análisis, constituyen parte primordial del trabajo que ningún cerebro electrónico puede realizar.—ALFONSO AYENSA.

LOS INCENTIVOS BANCARIOS PARA EL DESARROLLO AGRICOLA DE MEXICO

Credit Systems for Small Scale Farmers, Case Histories from Mexico, SIMON WILLIAMS y JAMES A. MILLER, Bureau of Studies in Latin American Business No. 14, Business Research, Graduate School of Business, The University of Texas, Austin, 1973, 256 pp.

En el prólogo, los autores, Dr. Simon Williams, graduado en el State College of Forestry de Nueva York y en la School of Education de la Universidad de Harvard y James A. Miller, graduado en la University of Southern California y en la Universidad de Harvard, explican que la obra es, esencialmente, “un estudio de casos basado en nuestra experiencia práctica”. Su propósito, añaden, es “proporcionar una herramienta de trabajo a los impulsores de la agricultura, ilustrando con precisión cómo se consigue el crédito y cómo ciertos sistemas crediticios han conseguido elevar la productividad y el ingreso campesinos (o fracasado en el intento), han estimulado el desarrollo de la economía y logrado la amortización de préstamos a cosechas, mercados, tenencias de la tierra y garantías de los préstamos conforme a una amplia variedad de condiciones relativas.

Este estudio se inició en México, en noviembre de 1966, mediante un contrato entre el International Marketing Institute, Cambridge, Massachusetts, y la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), del Departamento de Estado de Estados Unidos. En 1969, el patrocinio del proyecto pasó de la AID a promotores del sector privado. Con este propósito, se estableció en México una empresa que tomó a su cargo el asunto y ha logrado utilidades, la Fomentadora Rural, S. A. de C. V. Entre sus accionistas se encontraban el Bank of America, la Anderson Clayton, S. A., y la casa Massey-Ferguson de México, S. A.

El libro se divide en dos partes: la primera examina el sistema de crédito público, la segunda el sector privado. El texto se ilustra con catorce cuadros y en el apéndice se incluyó una útil lista de siglas de las organizaciones nacionales e internacionales interesadas.

La agricultura mexicana, dicen los autores, se caracteriza por dos rasgos dominantes: uno es el pequeño tamaño de la mayoría de las unidades agrícolas; el otro es el sistema dual de la tenencia de la tierra (sistema ejidal y propiedad privada, o tierra que pertenece al Gobierno mexicano). La superficie disponible para su distribución a los campesinos sin tierra, afirman, ha disminuido considerablemente. Algunas estimaciones hacen prever que la fase distributiva de la reforma agraria llegará a su término en la década de los setenta. La presión

sobre la tierra ha surgido tanto dentro como fuera de los ejidos, a causa del crecimiento de la población dentro de los mismos y el número de campesinos desposeídos, de modo que los problemas políticos y económicos parecen agravarse rápidamente, sin ninguna solución a la vista.

Los autores afirman que hacia 1972 el sistema crediticio público para la agricultura había evolucionado hasta abarcar cuatro bancos: Banco Nacional de Crédito Agrícola, Banco Nacional de Crédito Ejidal, Banco Nacional Agropecuario y Banco Nacional de Comercio Exterior.

Los autores declaran imposible determinar precisamente la proporción de las necesidades de crédito satisfecha por las instituciones públicas, los bancos privados y los prestamistas individuales.

La estimación más acertada, al decir de los autores, es la de que los agricultores en pequeño obtienen de 75 a 85 por ciento del dinero que requieren de los prestamistas privados (mismos que, igual que todos los prestamistas del mundo, exigen exorbitantes tasas de interés). De la suma total solicitada por los agricultores en pequeño a las instituciones financieras 70 u 80 por ciento proviene de bancos del gobierno. Solamente cerca de 25% de todos los agricultores utiliza en alguna forma la banca pública o la privada.

Al referirse al Banco Nacional de Crédito Agrícola y al Banco Nacional de Crédito Ejidal, los autores afirman que aunque estas instituciones continúan desembolsando varios centenares de millones de pesos destinados a centenares de miles de campesinos, todavía se ven acosadas por numerosos problemas de gran importancia. El más notorio es la escasez de capital para realizar tareas infinitamente superiores a los recursos disponibles. Con ello se reduce la eficiencia en todos los aspectos de las operaciones bancarias. El inadecuado número de interventores, vuelve “inevitable” la pérdida de dinero; los créditos son mal utilizados y no se fomenta el sentido de responsabilidad en los pagos. Además, la falta de fondos incapacita a los bancos para contratar en la medida adecuada al personal altamente calificado que necesitan.

Los autores señalan que, debido al poco conocimiento internacional, los bancos de Crédito Agrícola y de Crédito Ejidal necesitan el aval de otra institución para poder contratar créditos en el exterior.

Afirman, asimismo, que las prácticas políticas producen cambios cada seis años en los puestos directivos de ambos bancos y dentro de la organización de los mismos, lo que a menudo causa serios trastornos.

En el capítulo sexto, dedicado al Banco Nacional de Comercio Exterior (BANCOMEXT), los autores dicen que “su creación representa el segundo gran paso en la evolución del sistema de crédito agrícola público mexicano” y que “durante más de treinta años de operaciones, el Banco ha dedicado 20% de sus créditos a estimular el desarrollo agrícola entre los agricultores en pequeño. Ha sido también el primero en sostener y estabilizar los precios de las cosechas con la adquisición y almacenamiento de los excedentes”.

Actualmente, el Banco ha suspendido la actividad relacionada

con el otorgamiento directo del crédito agrícola, turnando todos sus programas al Banco Nacional Agropecuario.

Según los autores, el BANCOMEXT es una institución “de gran interés para otros países en desarrollo cuya economía está enraizada a la actividad agrícola y cuya agricultura se encuentra en el mismo estado en que se encontraba la mexicana en el momento de la fundación del Banco”

Al examinar el sector del crédito privado, los autores afirman que en este campo existen “miríadas de proyectos”, generalmente en pequeña escala. El crédito agrícola privado ha crecido y se ha diversificado, particularmente como resultado de los esfuerzos de las agroindustrias tendientes a asegurar sus fuentes de materias primas y lograr nuevas disposiciones comerciales más dinámicas.

Las conclusiones de los autores podrían resumirse como sigue: “En México, hombres, mujeres y niños, con la ayuda de animales y herramientas primitivas, laboran la tierra y recolectan una gran parte de las cosechas”. Los sistemas de crédito, dirigidos a cambiar las técnicas agrícolas tradicionales, deberán ir más allá de la introducción de fertilizantes y semillas mejoradas, del uso de yerbicidas e insecticidas y de la aplicación de otros factores básicos para la agricultura de alto rendimiento. Además, el crédito deberá acompañarse de instrucciones sobre el manejo de los sueldos idóneos para ciertas cosechas, sobre las particularidades de cultivos de alto rendimiento y las normas para el correcto mantenimiento del equipo. Aquellos sistemas de crédito que no abarquen la escala total de variables que afectan la productividad en la práctica de la agricultura moderna, serán, inevitablemente, ineficaces y delusorios.— STANLEY RYAN.

EL ESTADO Y LA ECONOMÍA

Sistemas financieros, SALO GRABINSKY, MA-
NUEL VELASCO LEON y XAVIER AGUILAR
MILANES, Biblioteca Sistemas de Organización,
México, 1973, 134 pp.

Es un manual breve pero de contenido sustancioso, escrito en un lenguaje claro en el que se abordan los temas fundamentales de la organización financiera, comenzando con un certero y bien documentado análisis del desarrollo de la actividad económica; se trata de sintetizar y facilitar la comprensión de nociones elementales que, a veces, son objeto de exposición y análisis en obras de desmesurada amplitud y carentes de sentido didáctico. Define el sistema económico vigente, integrado por economías de mercado, con ciertas intervenciones del Estado, intervenciones que consisten en limitaciones en cuanto a la fijación de precios y también en determinadas orientaciones respecto a la canalización de las inversiones (la nueva ley que reglamenta la inversión extranjera). Anotan los autores que, no obstante, prevalecen en la economía mexicana las principales características de la economía de mercado: derecho a la propiedad privada, libertad de contrato y de intercambio, libertad de trabajo y libertad para emprender una actividad productiva. En síntesis, añaden, nuestro sistema está caracterizado por la “competencia”. En oposición a las economías de mercado, el sistema de economías dirigidas reposa sobre la autoridad. Cada

uno de los agentes económicos (consumidor, productor, detentador de recursos) recibe de una autoridad coordinadora las normas sobre la forma y la amplitud de su participación en la actividad económica.

A la pregunta de ¿cómo se asegura la autoridad de que sus decisiones, por ejemplo en materia de consumo y de producción, no sean contradictorias? se responde con el “plan” en el que figuran, por una parte, el balance de los recursos disponibles y, por otra, la enumeración de los objetivos que se persiguen.

El concepto de planificación reviste en las economías de mercado la forma de “presupuesto” en las empresas. Como se sabe, la empresa como unidad económica tiene su papel propio que varía según sus características (banco, productor de calzado, agricultor, etc.) y para funcionar tiene que cumplir, como es obvio, con un requisito mínimo de eficacia: cubrir los costos para no utilizar más insumos de lo que se produce, y así obtener utilidades para poder elevar al máximo su patrimonio.

Aluden a continuación a los objetivos de la administración financiera: elevar al máximo el valor actual de la empresa y siempre disponer de efectivo para que no se interrumpa la marcha normal de la misma. Agregan luego que el área financiera es un elemento estabilizador en las decisiones de producción y ventas de una empresa. Esta estabilización se hace por medio de análisis de las distintas posibilidades de productos-manufacturas-ventas, junto con otras áreas. Este análisis es el del riesgo que la empresa puede admitir, de acuerdo con sus capacidades y limitaciones. El área financiera a través del análisis de los diferentes elementos del balance y del estado de resultados tiende a equilibrar las otras funciones a través de controles de tipo financiero. Al mismo tiempo, por medio del análisis de posibilidades de planeación financiera y de la obtención de créditos, permite que este equilibrio sea dinámico y generalmente en expansión.

Los autores afirman que los objetivos principales del Estado en materia de finanzas son: la estabilidad de los precios, la redistribución de los ingresos, el pleno empleo, el crecimiento y la estabilidad monetaria a través de medidas fiscales, monetarias y crediticias, que se enumeran en el texto.

En el capítulo referente a la función financiera de una compañía, examinan el objetivo de elevar al máximo el patrimonio, refiriéndose a los activos de toda empresa; aluden a la creación de nuevas fuentes de trabajo para atender las exigencias de la creciente población, lo que es uno de los fundamentos objetivos del incremento del patrimonio. Asimismo, examinan cada uno de los elementos internos: producción, ventas y mercadotecnia y relaciones industriales y los de orden externo: gobierno (política fiscal, proveedores, clientes) y bosqueja las diversas fuentes de financiamiento. En capítulos sucesivos se hace una enumeración de las funciones de contraloría, tesorería, etcétera.

El breve manual constituye, en realidad, una guía de gran utilidad, no sólo para el profesional en esta clase de materias, sino también para el inversionista, el administrador de empresa y el investigador, ya que no omite ninguno de los aspectos fundamentales que debe abarcar un informe sobre el planeamiento y la marcha empresarial.— ALFONSO AYENSA.